

yas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡ Todavía veo á Lucila! ¡ Si, te veo, amada mía! ¡ Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aun en ti sus moribundos ojos próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

XVII.

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía menos un acusado que un faccioso que dá á la multitud la señal de la insurrección.

Las ventanas del tribunal estaban abiertas, Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo, dijo Danton al público que murmuraba alrededor suyo, callad, me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír solo de vosotros sino de toda la Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio: la campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» le dijo éste al fin. — «Presidente, le respondió Danton, la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de las comisiones asistieron sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier Tinville parecía desconcertados; el público se volvía en favor de Danton, éste lo conocía y redoblaba su insolencia. Los

miembros de la comisión hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulins que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto como si lo hubiese pensado mejor, los recogió y haciéndolos bolitas con los dedos las fue tirando á la cabeza á Fouquier Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no como se ha creído hasta ahora por un juego cínico, pueril, é indigno del hombre y del momento, sino con la acción significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia y que arroja en un acceso de indignación, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces como una venganza y una maldición.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos después de la sesión en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasión á la posteridad.

Los acusados volvieron á sus calabozos. Alarmada la comisión de salud pública, no se atrevía ni á soportar un debate mas largo ni á interrumpirlo. La ley exigía que los debates durasen á lo menos tres días. La sesión del día siguiente podía dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia de la comisión.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emoción causada por su proceso, para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitación del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos

de fuera de la cárcel. La muger de Camilo Desmoulins debía arrojarse en medio del pueblo, sublevar á la multitud con su belleza, su dolor y sus clamores, y arrastrarla contra la Convencion. El antiguo presidente del tribunal revolucionario, Antonelle, tuvo noticia de aquel complot.

Un preso llamado Laffotte lo rebeló. Saint-Just se apresuró entonces á convocar la Convencion, Billaud Varennes leyó allí la carta de Laffotte; la Convencion decretó que todo indiciado de conspiracion fuese puesto en seguida fuera de los debates y privado del derecho de defensa. Vadier, Amar y Vouland, miembros de la comision, fueron á toda prisa á llevar á Fouquier Tinville el decreto, ó por mejor decir la sentencia de muerte de los acusados. Fouquier leyó aquel decreto delante de los jueces; Danton se levantó y dijo: «Tomo por testigo al auditorio de que nosotros no hemos insultado al tribunal.» El auditorio confirmó con sus aplausos el aserto de Danton, la multitud indignada se agitó y se estrechó como para arrebatár á los acusados. Si á la muger de Camilo Desmoulins no la hubiesen puesto presa por la noche, si hubiera podido dar con su presencia una voz y una pasion mas á aquel tumulto, los acusados se salvarían y la comision queda vencida.

Pero todo fracasó por falta de impulso. Danton trató en vano de protestar aun: «Un dia, exclamó, un dia llegará en que la verdad sea conocida: veo caer grandes desgracias sobre la Francia ¡Ved ahí la dictadura!» Reparando en lo interior de un corredor en Amar y Vouland confidentes de Robespierre que acechaban lo que pasaba: «Mirad, dijo señalándolos con la mano. Mirad á esos cobardes asesinos, no nos dejarán en paz hasta despues de muertos.—¡Malvados, exclamó Camilo Desmoulins, no contentos con degollarme, quieren degollar tambien á mi muger!»

El tribunal levantó la sesion. Al otro dia, habiendo pasado los tres que exigia la ley, se declaró cerrado el

debate. Camilo se agarró al banco en que estaba sentado y fué preciso sacarle de allí á viva fuerza.

Los jurados se reunieron y deliberaron mucho tiempo, habiendo comunicado durante la conferencia con los enemigos de los acusados. Una ansiedad terrible pesaba sobre sus conciencias. Ninguno de ellos creia en los crímenes de Danton. Todos creian en sus vicios y en su poder. La mayoría estaba al parecer indecisa. Acalorados los miembros del tribunal, y divididos en opinion, trataban de arrancarse unos á otros la vida ó la muerte de aquellos hombres. Souberbielle, antiguo amigo de los acusados, era el que mas había vacilado entre todos; amaba á Danton y temia á Robespierre, pero sobre todo adoraba la república. En la agitacion de sus reflexiones se paseaba con paso incierto en un corredor que precedia á la sala de las deliberaciones. Uno de los colegas de Souberbielle, Topino Lebrun, se le acercó: «Y bien, Souberbielle, le dijo, ¿qué haces aquí?—Estoy meditando sobre el acto terrible que quieren obtener de nosotros, respondió Souberbielle.—Yo ya he meditado, repuso el jurado.—¿Y qué has decidido? le preguntó Souberbielle.—Me he dicho, replicó el otro, esto no es un proceso sino una medida. Las circunstancias nos han traído á una altura en que la justicia desaparece para dejar que domine sola la política. No somos jurados sino hombres de Estado.—Pero, repuso Souberbielle, ¿hay acaso dos justicias, una para el comun de los acusados y otra para los hombres superiores? ¿La inocencia de los hombres vulgares se convierte en crimen cuando no lo son?—Bah, dijo el jurado; aquí no se trata de esas argucias sino de buen sentido y de patriotismo. Estamos como estamos, y esto basta. La república se encuentra en una de esas situaciones apuradas en las que un juicio no es una justicia sino una eleccion. Danton y Robespierre no pueden estar de acuerdo. Es menester para salvar la patria que perezca uno de ellos. In-

terrógate como buen patriota, y responde á tu conciencia. ¿Cuál crees tú mas indispensable en este momento á la república, Danton ó Robespierre?—Robespierre; respondió sin titubear Souberbielle. —Pues ya has juzgado, repuso Topino alejándose.»

XVIII.

Vueltos á sus calabozos para esperar la hora del suplicio, los sentenciados prescindieron de la serenidad que habian mostrado en público descubriéndose tal como eran delante de la muerte. Herault de Sechelles estuvo impasible como aquellos romanos cuya imagen tenia impresa en el corazon. Como discipulo de Juan Jacobo Rousseau, sacó del bolsillo un libro de aquel filósofo, leyó algunas páginas, y se felicitó por salir de un mundo cuyas preocupaciones y supersticiones habia combatido para hacer prevalecer la naturaleza y la razon. «¡Oh, maestro mio! exclamó cerrando el libro, tú también has sufrido por la verdad, y yo voy á morir por ella. A tí te ha tocado ser su genio, y á mi su mártir. Tú eres un grande hombre, pero ¿cuál es mas filósofo de nosotros dos?» Este era el mismo pensamiento que el jóven representante del pueblo habia hecho grabar en algunos versos encima de la pequeña casa que habitó Juan Jacobo Rousseau y Mad. de Warens en el valle de Chaumettes cerca de Chambéry, y que aun se leen allí.

Aquella imagen de la naturaleza, de la soledad y del amor, fué la última que se presentó al espíritu de Herault de Sechelles en el momento de dejar la vida. Ni una sola lágrima ablandó su constancia, y su firmeza no tuvo nada de afectada.

Westermann se mostró intrépido. Philippeaux se sonreía como una conciencia que confia en sus buenas acciones.

Camilo Desmoulins quiso leer á Young y á Hervey, los dos famosos poetas de la agonía. «Tú quieres morir dos veces,» le dijo chanceándose Westermann. Pero el libro caía á cada momento de las manos de Camilo, que volvía sin cesar á la imagen de su esposa adorada y presa, de su hijo, huérfano, y de su madre política, abandonada. «¡Oh Lucila mia! exclamaba; ¡oh Horacio mio! exclamaba deshaciéndose en lágrimas ¿qué será de vosotros?»

Danton aparentaba indiferencia lanzando palabras con profusion para que sirviesen de medallas con su busto, arrojadas desde la orilla de su sepulcro á la posteridad. «Creer que pueden pasar sin mí, decia, y se engañan. Yo soy el hombre de Estado de Europa. No conocen el vacío que va á dejar esta cabeza, decia apretándose las mejillas con las palmas de sus grandes manos. En cuanto á mí, me río, añadia en términos cínicos. He gozado bien del momento de mi existencia. He metido mucho ruido sobre la tierra y he saboreado á placer los goces de la vida. ¡Vamos á dormir!» Y hacia con la cabeza y con el brazo la accion de un hombre que reposa la cabeza sobre una almohada.

XIX.

A las cuatro, los criados del verdugo fueron á atar los manos á los sentenciados, y á cortarles el cabello, á lo que se prestaron sin resistencia, sazonando con sarcasmos aquel tocado fúnebre. «Esto es muy bueno para esos imbéciles que nos van á ver en las calles, dijo Danton. En la posteridad apareceremos de otro modo.» No demostró mas culto que el de la fama, y no aparentó otro deseo que el de sobrevivir á la memoria de las gentes. Su inmortalidad la hacia consistir en el ruido de su nombre.

Camilo Desmoulins no podía creer que Robespierre dejase ejecutar á un hombre como él, confiando hasta el último momento en su antigua amistad. Hablaba de él con miramiento, y hasta con respeto, desde que estaba preso, dirigiéndole súplicas, en vez de aquellas injurias que el orgullo no perdona jamás. Cuando los ejecutores quisieron asir á Camilo para atarlo como los demás, luchó desesperadamente contra aquellos preparativos que no le dejaban ninguna duda sobre su muerte. Sus imprecaciones y su furor convirtieron por un momento aquel calabozo en una especie de matadero; fué necesario arrojarlo al suelo para maniatarle y cortarle el cabello. Sujeta ya y atado, suplicó á Danton que le pudiese en la mano un rizo de Lucila que llevaba encima, á fin de estrechar contra su corazón alguna cosa de ella al tiempo de morir. Danton le hizo aquel piadoso obsequio, y se dejó atar sin resistencia.

En una sola carreta fueron los catorce sentenciados. El pueblo señalaba á Danton respetándose á sí mismo en su víctima. Aquel suplicio se parecía algún tanto á un suicidio del pueblo. Un pequeño número de hombres andrajosos y de mugeres pagadas, seguía la carreta, llenando á lossentenciados de imprecaciones y de silbidos. Camilo Desmoulins no cesaba de vocear y de hablar á aquella multitud: «Pueblo generoso, pueblo desgraciado, esclamaba, te engañan, te pierden, y sacrifican á tus mayores amigos! ¡Reconocedme, salvadme! ¡Yo soy Camilo Desmoulins! ¡Yo soy el que os llamé á las armas el 14 de julio! ¡Yo soy el que os dió esa escarapela nacional!» Al mismo tiempo hacía esfuerzos desesperados con los hombros para romper sus ligaduras, con lo cual hizo añicos de tal modo sus vestidos y su camisa, que su cuerpo delgado y huesoso, aparecía casi desnudo encima de la carreta. Desde el día que guillotinaron á Mad. Dubarry no se habían oído tales gritos ni contemplado semejantes convulsiones en la agonía. La multitud respondía con insultos á aquellos gemidos.

Camilo, le hacia volver á sentarse y le afeaba aquella inútil esplosion de súplicas y de desesperacion. «Permanece tranquilo, le decía en voz baja, y no hagas caso de esa vil canalla.» En cuanto á él, imponía á la multitud, no con palabras, sino con su indiferencia y su desprecio. Al pasar por debajo de las ventanas de la casa que habitaba Robespierre el gentío redobló su clamoreo como para tributar homenaje á su ídolo por el suplicio de su rival. Las ventanas de la casa de Duplay se cerraron á la hora en que habitualmente pasaban las carretas por la calle. Aquellos gritos hicieron mudar de color á Robespierre y se alejó de los aposentos desde donde podía oírlos.

Confuso por tanta implacabilidad, humillado al contemplar la sangre que caía con tanta frecuencia y tan justamente sobre él, sintió dolor ó vergüenza. «Este pobre Camilo, dijo, á quien no he podido salvar! Pero él ha querido perderse. En cuanto á Danton, añadió, se muy bien que me abre el camino, pero es indispensable que inocentes ó culpables demos todos nuestras cabezas á la república. La revolucion reconocerá á los suyos al otro lado del cadalso.» Este malvado fingió enternecerse por lo que él llamaba las crueles exigencias de la patria.

XX.

Herault de Sechelles bajó el primero de la carreta, y con el arranque y la sangre fría de una amistad que dirige el corazón hácia el corazón, aproximó su cara á la de Danton para abrazarlo. El verdugo les separó. «Barbaro, dijo Danton á éste, ¿podrás impedir á nuestras cabezas que se besen dentro de un momento en el cesto?» Camilo Desmoulins subió en seguida. Había vuelto á

recobrar su calma en el último momento. Movía entre sus dedos el rizo de su muger, como si su mano hubiese querido desatarse para llevar aquella reliquia á sus labios. Se aproximó al instrumento de la muerte, miró con frialdad la cuchilla teñida en la sangre de su amigo, y despues volviéndose hácia el pueblo y levantando los ojos al cielo: «¡He aqui, exclamó, el fin del primer apóstol de la libertad! Los mónstruos que me asesinan no me sobrevivirán mucho tiempo. Haz llegar estos cabellos á mi madre, dijo en seguida al ejecutor.» Estas fueron sus últimas palabras. ¡Su cabeza cayó al cesto!

Danton subió el último á la guillotina. Jamás se habia mostrado mas soberbio ni mas imponente en la tribuna. Se cuadró en el cadalso, pareciendo que tomaba la medida de su pedestal. Dirigió á derecha é izquierda una mirada de compasion hácia el pueblo pareciendo decirle con su actitud: «¡Mirame bien: tú no verás á muchos que se me parezcan!» La naturaleza confundió por un instante aquel orgullo: una exclamacion se le escapó al recordar á su jóven esposa. «¡Oh amada mia: dijo con los ojos humedecidos en llanto, ya no te veré mas!» Despues como reprendiéndose esta especie de apego á la existencia: «¡Vamos, Danton, dijo en alta voz, nada de debilidad!» Y volviéndose al verdugo: «¡Muestra mi cabeza al pueblo, le dijo con autoridad, bien vale la pena de que lo hagas. Su cabeza cayó: el ejecutor obedeciendo su última voluntad, la recogió del cesto y la paseó alrededor del cadalso. La multitud aplaudió. Así concluyen sus favoritos!

Así murió en escena delante del pueblo aquel hombre para quien el cadalso era un teatro y que hábia querido morir aplaudido al fin del drama trágico de su vida como lo habia sido en el principio y en el medio de él. Nada le faltó para ser un grande hombre: sino la virtud. Tuvo su naturaleza, su causa, su genio, su exterior, su destino y su muerte, pero no tuvo su conciencia. Jugó al hombre grande sin serlo. No hay grandeza en repre-

sentar un papel; esta solo existe en la fé con que se desempeña. Danton tuvo el sentimiento y con frecuencia la pasion de la libertad, y no su fé, porque no profesaba interiormente otro culto que el de la fama.

La revolucion era en él un instinto y no una religion. Sirvióla como el viento sirve á la tempestad que agita la espuma y juega con las olas: no comprendió de ella mas que su movimiento y no su direccion, tuvo su embriaguez pero no su amor. Danton representa las masas, y no las capacidades de la época; mostrando en sí alternativamente la agitacion, la fuerza, la ferocidad y la generosidad de aquellas. Hombre de temperamento mas que de ideas, mas elemental que inteligente, fué sin embargo mas hombre de Estado que ninguno de los que intentaron manejar las cosas y los hombres de aquellos tiempos de utopias. Mas que el mismo Mirabeau, si se entiende por hombre de Estado á uno que comprende el mecanismo del gobierno independientemente de su ideal, tenia su instinto político. Habia bebido en Maquiavelo las máximas que enseñan todo lo que se puede hacer soportar de poder ó de tiranía á los Estados. Conocia las debilidades y los vicios de los pueblos y no sus virtudes; no sospechando lo que hace la santidad de los gobiernos, porque no veia á Dios en los hombres sino la casualidad. Era uno de aquellos admiradores de la *fortuna antigua* que no adoraba en ella sino la divinidad del éxito. Conocia su valor como hombre de Estado, con tanta mas complacencia cuanto la democracia era mas inferior á él: se le admiraba como si fuese un gigante en medio de los enanos del pueblo: estableció su superioridad como un aparecido del genio, aturdiéndose de sí mismo, aplastando á los otros y proclamándose la cabeza de la republica. Despues de haber acariciado á la popularidad, la despreció como si fuese una bestia feroz á la que desafió á que lo devorase. Tuvo el vicio tan audaz como su frente. Llevó el desafio político hasta el crimen en las jornadas de setiem-

bre: retó á los remordimientos, pero fué vencido por ellos, lo denunciaron y aquella sangre le seguía continuamente. Un secreto horror se mezclaba á la admiracion que inspiraba, sintiendo en si mismo aquel horror que hubiera querido separar de su pasado. Como naturaleza inculca, tuvo accesos de humanidad como los tuvo de furor, vicios bajos y pasiones generosas. En una palabra; era hombre que tenia un corazón. Este corazón hacia el fin se volvía al bien por la sensibilidad, por la piedad y por el amor, mereciendo á la vez ser maldecido y sentido. Fué el coloso de la revolucion, tuvo la cabeza de oro, el pecho de carne, el cuerpo de bronce y los pies de barro. Abatiéndole la cima de la Montaña pareció menos elevada. El era su nublado, su relámpago y su rayo. Al perderle la Montaña, perdió tambien su nombre.

LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion de la comision de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coaligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Dubesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serrurier.—Bonaparte.—Angereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de junio de 1794.—El navio *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El *canto de partida*.—Redoblan el terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion de los hijos de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecucion de Lamourette obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvet.—Lareveillere-Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Depreuil, y el mayor número de los grandes nombres de la monarquía, son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV á la barrera del Trono.—El abate de Fenelon ejecutado á los 89 años.—Palabras de Collot de Herbois y de Fouquier Tinville.

I.

Apenas habia muerto Danton, cuando pareció que el terror se reanimó con los esfuerzos que éste habia hecho para dulcificarlo. Veinte y siete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distincion en la